

## Clausura del curso 2013-2014 (16 de mayo de 2014)

Estimados profesores y alumnos, amigos todos que nos acompañáis.

Por primera vez, que yo recuerde, celebramos en el Estudio un acto académico oficial de clausura de curso, un acto de graduación. Hay que decir que la idea surgió, se desarrolló y ha llegado a buen fin, gracias a la iniciativa de los alumnos que finalizan sus estudios este año. Desde el inicio del curso llevan dándole vueltas al tema.

Tradicionalmente hay dos actos académicos en los centros universitarios. La inauguración de curso, un acto oficial y muy solemne, centrado siempre en todas las universidades, es mi impresión, en la figura del profesor. El acto final, los actos de graduación -o de clausura-, sin embargo, están mucho más orientados desde la perspectiva del alumno.

Uno puede preguntarse cómo se les ha ocurrido a los alumnos esta idea de algo en lo que aquí no teníamos ninguna tradición. Idea de los alumnos que, incluso, por algún comentario oído, ha resultado en algún caso un poco chocante. La respuesta a la pregunta es fácil, creo que me la dieron los alumnos el primer día que comunicaron su idea: “todos lo hacen, ¿por qué no hacerlo nosotros también?”

Durante años un acto de graduación, fue inexistente en los centros universitarios españoles, quizá salvo la excepción de algunas de las universidades católicas. A los de mi generación, que estudiamos en la universidad pública en los años setenta y ochenta, ni se nos pasaba por la cabeza que hubiera una graduación o algo semejante. Se acababa la carrera y adiós. La graduación era una cosa folclórica, muy americana eso sí, que aparecía en las películas, muy típica de ellos; razón de más, justo en aquella época, para no hacer lo mismo. Sin embargo en estos últimos años se ha generalizado esta celebración en todo tipo de centros. Primero fueron todas las universidades privadas, después han sido los centros públicos y también, por supuesto, los centros teológicos.

No entro en las razones que pueden haber llevado a este cambio social. El hecho es que los actos de graduación se han generalizado en la universidad e, incluso, ya se están extendiendo de una forma u otra a la enseñanza media. Lo que sí quisiera hacer ahora, al hilo de lo expuesto, y un poco aprovechando que el Pisuerga pasa por Valladolid, es una breve reflexión sobre nuestra realidad.

“Todos los centros universitarios lo hacen, pues nosotros también”. Es conocida la distinción, que estudian los psicólogos y que se aplica a muchos temas, entre: lo que uno es, lo que uno piensa que es y lo que los demás piensan que uno es. Son tres cosas diferentes. Hay que distinguir entre lo objetivo, la imagen subjetiva que tú tienes de ti y la imagen proyectada por ti que es la base a partir de la cual los otros se hacen una imagen de ti. Nunca, o casi nunca, coinciden las tres. Lo podemos aplicar al caso que nos ocupa.

Primero: El hecho objetivo es que somos alumnos y profesores universitarios. El Estudio Teológico Agustiniano de Valladolid, es junto con muchos otros en España un centro universitario de la Iglesia. Los centros de Teología siempre han sido centros universitarios. Podríamos apelar, es obvio, a que la universidad, como tal, es una creación de la Iglesia. Puede pensarse que, en el caso español, la desaparición de las Facultades de Teología del seno de las universidades civiles hace que el rango de los

Centros teológicos no sea universitario. Hoy en día, dejando aparte recursos a la historia, la firma de los convenios de Bolonia por la Santa Sede en 2003 y su incorporación al espacio europeo de educación superior junto con otros 44 países, hace que el estudio de la Teología y los centros propios de la Iglesia para el cultivo de la misma, como es el caso del nuestro, se encuentren en pie de igual con el resto de estudios y centros universitarios. Para los pocos países en los que la Teología está integrada en la universidad civil no implica mucho cambio, pero en casos como el de España, estoy seguro que a medio plazo va a suponer una revitalización clara del estudio de la Teología y de otras carreras o disciplinas eclesiológicas que impartan centros de la Iglesia. A medio plazo estoy convencido que se notará para bien en los centros teológicos y hay que aprovechar la oportunidad. Lo objetivo, en este caso lo jurídico, está ahí y no se puede discutir el carácter universitario de centros como el nuestro y de la actividad que nos ocupa.

Segundo: otra cosa diferente es lo que uno piensa que uno es. La imagen que uno tiene de sí mismo. Hasta hace pocos años el primer nivel de estudios teológicos, el bachillerato en teología, no se consideraba, psicológicamente, por la mayoría de los alumnos, como universitario. En el inconsciente de muchos de los sujetos no lo era, aún incluso aunque tuviera convalidación civil como "Licenciatura en Estudios Eclesiológicos". Se decía "El Provincial, el obispo, me manda hacer una carrera universitaria" Nadie decía "me manda hacer otra carrera universitaria". Ya se tenía una carrera universitaria, el bachillerato en Teología, pero inconscientemente no era valorada como tal. Años más atrás era corriente decir ¿qué estudias?: la carrera sacerdotal, una definición completamente funcional. Incluso, uno de los factores que intervenían hace años en los que acababan el bachillerato en teología para matricularse en la universidad pública, cosa muy habitual, era precisamente el mero hecho de alcanzar un título universitario. Tampoco los profesores que se dedicaban al nivel del Bachillerato en teología, fuera de las Facultades, estaban demasiado convencidos de su carácter de profesor universitario. La cosa cambiaba algo cuando se hacía una licenciatura especializada en teología, pero no mucho.

Hoy en día es obvio que la realidad es diferente. ¿Qué estudias? Teología, se responde con cierta naturalidad. También ha cambiado a menor el interés por hacer otras carreras universitarias civiles, ya tengo un título universitario se considera, ¿por qué sacar otro? Así como ha cambiado también, en este caso a mayor, el interés por proseguir estudios universitarios de licenciatura dentro del marco de la Teología. Estos últimos han dejado de percibirse unidos ineludiblemente a la condición de futuro profesor de Teología. Se prosigue la carrera de Teología por muchas razones. No entro en valoraciones de estas realidades que se están dando, sólo lo constato y paso a lo siguiente.

Tercero: respecto a la percepción que los otros tienen de mí. Huelga decir que, en el peculiar caso español, la realización de estudios teológicos no es que estuviera especialmente valorada en el resto del ámbito universitario. Desde fuera tampoco se veían los estudios teológicos de primer nivel, y de ninguno, como universitarios. El cambio en esto es muy lento, Bolonia debería ayudar a ello.

Bien, el caso es que, para la realidad que nos ocupa, tanto en cuanto sujetos, profesores y alumnos, como en cuanto institución, es necesario cobrar cada día más conciencia de nuestra realidad objetiva. Tanto profesores como alumnos participamos en un Centro universitario de la Iglesia. El estudio, la enseñanza, la investigación en Teología es nuestra ocupación. Y esto no sólo tiene un valor funcional: preparar o prepararse para ejercer determinados ministerios en la Iglesia, para ser profesores de religión o... para lo que sea; sino que, lo que hacemos, ya en sí mismo, tiene un valor. El estudio y la enseñanza de la Teología no lo realizamos por curiosidad intelectual, sino desde la propia convicción de

fe que pretende dar razón de su esperanza. Un Centro de Teología es, en sí mismo, universitario si todo su esfuerzo se centra en “dar razón de” y “enseñar a dar razón de”. Objetivo de todo universitario es dar razón de la realidad, de un campo particular de la realidad. Ese es nuestro objetivo también. Y por esto mismo a la vez es, simultáneamente, un apostolado, nuestro apostolado. Lo es, ya digo no sólo de un modo indirecto, porque capacite para un ejercicio de la pastoral de sacerdotes, religiosos o laicos, sino porque el mismo hecho de la existencia como Centro teológico es una manifestación pública, un testimonio, de que razón y fe van de la mano, de que la fe no puede prescindir de la razón y de que la razón se abre a la fe, pues la realidad tiene dimensiones que desafían y llevan al límite a la razón. Y también de eso hay que dar razón.

Todos debemos hacer un esfuerzo colectivo, pues, de asunción de lo que jurídicamente, lo que objetivamente, somos: un centro universitario teológico que quiere dar razón de la esperanza cristiana.

Es obvio que eso conlleva un trabajo serio en búsqueda de la excelencia académica. La palabra se ha puesto de moda, excelencia, es fácil de traducir, la excelencia sólo consiste en estudiar más y enseñar mejor. Estudiar más, profesores y alumnos, y mejorar continuamente la docencia. Que conste que este “más y mejor” tiene un valor absoluto y, aunque no sea muy político decirlo, también un valor comparativo, estudiar más y mejor que otros. Sólo la excelencia creará reconocimiento y respeto por la teología. Debemos destacar por nuestra excelencia académica.

Pero no se trata sólo de excelencia; junto a ello debemos acrecentar el convencimiento, no de que la Teología, el pensamiento cristiano en general, tiene un sitio intelectual en el marco de nuestra sociedad secularizada, porque ese convencimiento ya lo tenemos todos; sino que de lo que se trata es de acrecentar el convencimiento de que hacerle el sitio a la Teología y al pensamiento cristiano en esta pequeña parcela del mundo en que vivimos es asunto mío, es mi apostolado. Y cuando digo mío me refiero a mí como profesor, y a mí como alumno.

Es apostolado mío, en cuanto profesor, porque el estudio, la investigación, la docencia son inseparables de su relevancia pública. El conocimiento que uno tenga si no es compartido, del modo que sea, de nada sirve. Para los griegos, para un Aristóteles, el mero hecho de saber, de conocer, de ser una persona cultivada al máximo, era ya en sí mismo un valor absoluto, lo más noble que podía hacer el ser humano. Para el cristiano, para un San Agustín, el saber es algo en sí relativo, lo absoluto es el anuncio del Evangelio. ¿De qué me sirve saber si no lo comparto y lo pongo al servicio del anuncio del Evangelio?

Y es apostolado mío, en cuanto alumno, porque el estudio de la teología no es sólo una obligación por la que hay que pasar pensando en una cualificación para un trabajo posterior sino que, ahora ya, en sí mismo, el estudio de la teología como tal da testimonio de la grandeza de la fe cristiana. Al dedicar la razón a la inteligibilidad de la fe, se manifiesta la hondura de la propia convicción de fe y se testimonia que lo único que importa es, precisamente, la fe en Cristo que mueve toda mi persona incluyendo, en primer lugar, mi razón. Es la fe la que me lleva a poner toda mi razón al servicio del Evangelio porque sólo es Cristo quien importa. Estudiar teología es, en sí mismo ya, un apostolado, un testimonio cualificado, y llamativo para esta sociedad secularizada, de la grandeza de la fe cristiana.

Llevamos ya un año de Centro Agregado, acabamos de empezar una nueva etapa con la licenciatura en teología fundamental. Una vez que se ha pasado ya la primera impresión, debemos entrar en una dinámica de crecimiento siguiendo dos ejes fundamentales: la búsqueda de excelencia y la

presencia pública. Por este camino podremos acrecentar la conciencia de nuestra realidad de centro universitario de la Iglesia al servicio de la misma Iglesia y del anuncio del Evangelio en nuestra sociedad.

Sólo me queda felicitar a los siete alumnos que terminan ahora en junio o en febrero del próximo año. Desearles lo mejor y esperar de ellos un último esfuerzo que les lleve a superar con éxito los exámenes que les restan. Que conservéis un buen recuerdo de vuestro paso por estas aulas y que vuestras expectativas de futuro se hagan realidad.

También, felicitar y agradecer a todos, profesores y alumnos por el trabajo realizado a lo largo del curso. En especial quiero expresar mi agradecimiento por el trabajo realizado a lo largo de muchos años a los tres profesores que se han jubilado este curso: los sacerdotes D. Luis Resines y D. Senén Vidal, y el P. Domingo Natal, agustino

Termino ya. San Agustín en las primeras páginas del *De Trinitate* le indica al lector que abre su obra, que, si está de acuerdo con lo que él afirma, dice, avance conmigo; si duda, indague conmigo, pase a mi campo cuando reconozca su error, o, a la inversa, enderece mis pasos cuando sea yo el que me extravíe y él tenga razón. Y concluye “Así marcharemos, con paso igual, por las sendas de la caridad en busca de aquel de quien está escrito: Buscad siempre su rostro. Esta es la piadosa y segura regla que brindo a quienes lean mis escritos”.

Estas palabras de San Agustín para su genial obra teológica, valen también para un Centro que quiere seguir su ejemplo: marchemos, pues, con paso igual por las sendas de la caridad en busca de aquel de quien está escrito: Buscad siempre su rostro.

Muchas gracias.